

LO INSÓLITO EN LA NOVELA *DON JUAN* DE GONZALO TORRENTE BALLESTER: UN NUEVO CONCEPTO DEL MÍTICO PERSONAJE Y SU LUCHA POR LA LIBERTAD

JOANNA MAŃKOWSKA

Universidad de Ciencias Sociales y Humanidades SWPS, Varsovia, Polonia

Resumen: En su novela de 1963 Torrente Ballester propone una original relectura del mito ofreciéndonos a un Tenorio a quien se le niega tanto la oportunidad de arrepentirse como la condena en el Infierno. Desde hace más de tres siglos, acompañado de un Leporello que confiesa ser un diablo encarnado, recorre países entablando amistades con artistas que le dedicaron obras, sin llegar a entender su tragedia. En el París de mediados del siglo veinte actúa en montajes de obras donjuanescas realizados por teatros independientes y visita lugares donde los jóvenes seguidores de Sartre discuten con pasión. A veces su alma abandona el cuerpo atractivo (en que se ve condenada a pasar una eternidad) y se instala en el de un intelectual español para escribir con su mano la verdadera historia de Tenorio, aclarando razones de su conflicto con Dios, conflicto en que la cuestión de la libertad de decidir su destino es una de las fundamentales. Por defender su derecho a condenarse desafía a Dios escogiendo vivir en el pecado. Dios se muestra indiferente a sus blasfemias desesperadas y Don Juan no puede sino reconocer su condición humana que consiste en verse incapaz de satisfacer sus deseos y ser su propio infierno.

Palabras clave: Don Juan, Gonzalo Torrente Ballester, novela española contemporánea, mito, libertad

Abstract: Torrente Ballester in his 1963 book offers a novel reading of the myth by presenting Tenorio, who is denied both the chance to repent himself and the punishment of the Inferno. For more than three centuries, accompanied by Leporello, who reveals himself as a devil incarnate, travels the World making friends with artists who devote him their works, without understanding his tragedy, however. In Paris of the mid-twentieth century he emerges as working on the plays on Don Juan by independent theatres and visits places attended by young and passionate followers of Sartre. At times his soul leaves his winsome body, to which he is destined for eternity, and possesses a Spanish intellectual, with an aim of writing down the true history of Tenorio clarifying his conflict with God, a conflict in which the freedom to decide on one's fate is one of the fundamental issues. He challenges Him by defending his right to be condemned for a life in sin. God proves indifferent to his desperate blasphemies and Don Juan is faced with the recognition of human condition as unable to satisfy desires and being one's genuine inferno.

Key words: Don Juan, Gonzalo Torrente Ballester, contemporary Spanish novel, myth, liberty

Lo insólito en la novela *Don Juan* de Gonzalo Torrente Ballester:
un nuevo concepto del mítico personaje y su lucha por la libertad

La figura de Don Juan, una de las más impresionantes que creó el genio español, desde hace siglos inspira a los artistas que remozan el mito para, al adaptarlo a las circunstancias socio-políticas del momento y los gustos literarios en boga, valerse de él a fin de tratar las cuestiones que ocupan la mente de sus coetáneos. En el libro publicado en 1963, Gonzalo Torrente Ballester propone una original relectura del mito donjuanesco, ofreciendo al lector un nuevo concepto del personaje: un Tenorio reflexivo, con extensos conocimientos en Teología, al que se le niega, sin embargo, tanto la oportunidad de arrepentirse como la condena en el Infierno, y que se ve condenado a pasar toda la eternidad donjuaneando, convertido en su propio infierno.

El Don Juan torrentiano aparece en el París de mediados del siglo veinte, tras haber recorrido tierras de España y otros países. El autor, que en esta obra adopta un enfoque irrealista e irónico, le hace viajar por más de tres siglos en compañía de un Leporello, que confiesa ser un diablo encarnado, y entablar amistades con artistas que, como Baudelaire, le dedican obras sin llegar, no obstante, a entender en qué consiste su tragedia. Instalado en la capital francesa, entusiasmada con el existencialismo, el Tenorio de Torrente Ballester actúa de actor, encarnando al famoso burlador en montajes poco ortodoxos de las obras donjuanescas, que un grupo de teatro independiente ofrece en pequeñas salas asfixiantes, y visita cafés en los que los jóvenes seguidores de Sartre discuten con pasión sobre la condición del hombre condenado a su libertad.

El tema de la libertad y la autenticidad obsesiona asimismo al Don Juan de la época. El Tenorio del autor gallego se empeña en quedar libre, auténtico y honesto ante el mundo, ante Dios, cuya presencia en su vida se esfuerza desesperadamente en comprobar, y desde luego, ante sí mismo. En su postura vital, así como en los comentarios acerca de la condición humana que su criado Leporello le hace al narrador-protagonista de la obra, un intelectual español de paso en París, encontramos huellas del pensamiento de los filósofos vinculados al existencialismo, como Jaspers, Heidegger, Sartre, Camus. Este Don Juan pensador, lleno de angustia, eternamente insatisfecho y rebelado contra Dios, protagoniza curiosamente una obra que, a pesar de numerosas referencias al ambiente del París de mediados del siglo pasado que encontramos en ella, se ve cuajada de acontecimientos sobrenaturales. Lo insólito impregna a fondo el mundo en que unos personajes racionalistas y escépticos frente a los fenómenos que no se dejan explicar por la razón, se empeñan en ignorarlos. Sin embargo, a veces, al presenciar sucesos imposibles de explicar en términos científicos, se ven obligados a poner en tela de juicio su postura racional. Es lo que sucede al narrador-protagonista en cuyo cuerpo se instala en ocasiones el alma de Don Juan, al abandonar el cuerpo atractivo del burlador, en el que se ve condenada a pasar toda una eternidad. Objeto de tal acción del alma donjuanesca, el intelectual se ve de pronto dotado de facultades que él mismo reconoce no haber poseído nunca y que le permiten conseguir fines que no habría conseguido sin su intervención milagrosa. Un tímido intelectual se convierte entonces en un seductor irresistible; es capaz de tocar piezas

musicales, aunque desconoce sus notas, y ganar a las cartas, a pesar de no tener la menor idea de cómo hacerlo. Una mañana, en el estudio donde se aloja, y que pertenece al supuesto Don Juan, encuentra un manuscrito en que se relata la historia del burlador, con detalles que el intelectual reconoce ignorar, confirmando, no obstante, que la letra del manuscrito es suya. A pesar de un contacto entrañable con el alma donjuanesca, el narrador nunca llega a acercarse al personaje que pretende ser su dueño lo suficiente como para comprobar si este es realmente el legendario burlador o solo un farsante que quiere hacerse pasar por él. Llama la atención que para el narrador-protagonista de la novela, y también autor de un artículo sobre Don Juan que entusiasmó al mismo burlador —según afirma el individuo que pretende ser Leporello—, el Don Juan parisiense existe a modo de un personaje literario: el intelectual escucha o lee lo que los demás personajes, e incluso él mismo, inspirado por el alma de Tenorio, cuentan y escriben sobre él. Dicho sea de paso que Brunel observa que a este Don Juan le gusta comentar las obras literarias escritas sobre él y añade que en el libro “abundan pasajes en que Don Juan hace la exégesis de sus propios actos y comenta las versiones literarias escritas sobre él.”¹ Advierte asimismo que “el personaje de Don Juan no aparece nunca verdaderamente en el primer plano de la acción, que es, en efecto, una suerte de *deus absconditus*, el que parece escaparse sin cesar a las miradas, es objeto de una búsqueda y de todas las exégesis.”² El intelectual español nunca se encuentra con él cara a cara (salvo el momento cuando Don Juan, convertido en actor, pasa junto a él al abandonar el escenario). Llega a oír su voz solo cuando el que en sus ojos quiere hacerse pasar por el burlador de Sevilla desempeña el papel del mismo en una función teatral. Cabe destacar que igual que Unamuno o Riaza, Torrente Ballester, al retomar el mito donjuanesco, insiste en una relación estrecha que hay entre vida y representación teatral: su Don Juan hasta trabaja como actor.

Ocultando los ojos tras las gafas negras, distante, callado, el Tenorio torrentiano es semejante a un fantasma. Curiosamente, Sonja, una joven sueca, profundamente enamorada de este hombre impresionante, ni siquiera conoce su nombre, y no le interesa, hasta el momento en que se lo descubre el intelectual ansioso por llamar su atención. Parece que en el caso de este Don Juan lo esencial es su alma. Capaz de viajar y prestar a otros personajes algunas características de su propietario, es como una energía que anima a actuar y ayuda a lograr éxitos; obra a modo de un genio, una inspiración, un impulso creador que fecunda a otros personajes con ideas y sentimientos, y hace pensar en el concepto que de Don Juan tiene Kierkegaard imaginándolo con una forma de existencia entre una idea (fuerza, vida) y un individuo.³ Los que con el Don Juan de Torrente Ballester entran en un contacto más íntimo se hacen de pronto más fuertes, valientes, desean ser auténticos, como él; y como él quieren tomar decisiones independientes y asumir sus consecuencias. Es el caso de

¹ Pierre BRUNEL, *Dictionnaire de Don Juan*, Paris, Robert Laffont, 1999, 934.

² *Ibidem*, 932.

³ Soren KIERKEGAARD, *Albo, albo*, t. I, Warszawa, PWN, 1976, 103.

Lo insólito en la novela *Don Juan* de Gonzalo Torrente Ballester:
un nuevo concepto del mítico personaje y su lucha por la libertad

Doña Sol, la princesa de Nápoles, Mariana y Sonja, mujeres a las que Tenorio procura vivencias de índole mística, pero, asimismo del intelectual español que, al albergar su cuerpo el alma del burlador, se hace más atractivo, audaz, talentoso. Sonja, autora de una tesis doctoral sobre el famoso sevillano, en la que se limita a compilar teorías ajenas, al enamorarse del que el supuesto Leporello presenta como Don Juan, sufre una transformación, se abre a nuevas experiencias, rechaza los esquemas de comportamiento que antes seguía y reniega de sus anteriores teorías. De esta forma, en Torrente Ballester, el burlador mítico se convierte en una clase de padre espiritual, en lo que se asemeja al Hermano Juan de Unamuno, quien defiende la idea de que no solo la carne engendra, sino el espíritu también⁴, y se considera “padre de generaciones de hijos ajenos”⁵. El Don Juan torrentiano hace sufrir una transformación profunda a aquellos con los que entra en una relación más íntima. Renacen ellos como seres distintos, llenos del coraje que les permite quitarse una máscara de hipocresía y enfrentar su destino en lugar de rehuirlo. «Sé que ya no podré hacer nada malo en el mundo, y me siento capaz de cualquier sacrificio»⁶, confiesa Doña Sol al pasar con Don Juan una noche de amor.

A semejanza del protagonista de Unamuno, el Tenorio de Torrente Ballester prepara a las mujeres para el amor: a las frías y reacias a la idea del matrimonio y la maternidad, como Sonja, las convierte en sensuales y ansiosas de amar para cederlas luego a otros hombres. Sonja hasta se siente como una futura madre esperando a un niño de Don Juan, a pesar de no tener con él relaciones sexuales reales: hablando de él se acaricia el vientre. A ella Don Juan y su criado intentan juntarla con el narrador de la novela, otro racionalista que gracias a Tenorio tuvo la oportunidad de entrar en contacto con lo transcendental.

Como suministrador de éxtasis que rozan el misticismo, Don Juan se cree capaz de rivalizar con Dios y se jacta de que acostándose con las mujeres les ofrece vivencias que ningún otro hombre pudiera proporcionarles. Confiesa que “mis brazos arrebataron una vez más a doña Sol, la llevaron por encima de toda dicha humana y me levanté a mí mismo por encima de todos los hombres”⁷. Está seguro de que en estos momentos de dicha suprema para sus amantes se convierte en un dios. Afirma “lo que descubrí fue que doña Sol no exageraba, que verdaderamente había sustituido a Dios por mí, y que sinceramente deseaba que Dios no existiese para ser enteramente mía. O sea, que en mí existía una posibilidad de rivalizar con el Señor, y que obraban en mi persona —o, mejor, desde ella— facultades hasta entonces ignoradas que arrebataban a las mujeres, que las hacían desear unirse a mí para toda la eternidad, y que en unión semejante hallaban una suma de dicha cuya naturaleza, pensada, me estremeció.”⁸

⁴ Miguel de UNAMUNO, *El hermano Juan o el mundo es teatro*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, 97.

⁵ *Ibidem*, 136.

⁶ Gonzalo TORRENTE BALLESTER, *Don Juan*, Barcelona, Destino, 1993, 206.

⁷ *Ibidem*, 204-205.

⁸ *Ibidem*, 204.

No obstante, descubre asimismo que lo que realmente consigue es acercarlas a Dios, en lugar de sustituirlo en sus ojos y corazones. Doña Sol hasta le agradece haber encontrado en sus brazos al Señor. “Me has hecho sentirme de Dios como nunca me había sentido ni aun de niña, cuando era mayor mi fe. Y por eso te amo más todavía”, confiesa a su amante, aunque le dice también: “quería hacerte mi Dios, pretendí olvidar al mío, y tú me devolviste a Él”. Confesión que a Juan no le resulta grata, al juzgar por la que hace de su parte: “Hablaba con ardor, como una iluminada, sin sospechar que estaba derribando mi orgullo, y que, en lo que me descubría, me revelaba que Dios me había tomado el pelo.”⁹ El mismo amante fabuloso, consciente, como es, de no poder satisfacer nunca sus mayores deseos ni alcanzar una plena satisfacción por medio de contactos sexuales, acaba renunciando a los placeres carnales para no volver a decepcionarse. Medida que le ayuda asimismo a adaptarse a un mundo absurdo por su naturaleza y ser más feliz. Para eso “basta con no pedir a las cosas más de lo que pueden dar de sí”¹⁰, como constata Don Juan. Reminiscencias del hombre absurdo encarnado, según Camus, en el Don Juan mítico quedan obvias¹¹.

En el mundo racional de mediados del siglo veinte solo los enamorados, como Sonja, están dispuestos a ver los fenómenos sobrenaturales como una parte inmanente a la realidad. Los que no se dejan llevar por el amor, hasta los que se declaran católicos, como el narrador, se niegan a creer en lo que sobrepase los límites de su experiencia diaria. A la súplica que le hace Leporello de creer en que él y su amo son respectivamente: un diablo, en el cuerpo del criado de Don Juan, y el burlador de Sevilla, condenado a donjuanear eternamente —porque solo entonces podrán serlo realmente—, el intelectual se muestra escéptico creyéndose objeto de una burla de los que toma por unos farsantes. Prefiere ver en ellos a unos mediocres actores de una compañía teatral de bajo nivel artístico en vez de reconocer que son unos personajes míticos y dejar que tal hecho confirme la existencia del más allá. Postura que Leporello comenta enseguida como una inequívoca falta de fe por su parte: “Usted no cree que yo sea diablo, porque no cree en el diablo. Y, del mismo modo, usted no cree que Don Juan lo sea de veras, Don Juan condenado a ser el mismo por toda una eternidad, Don Juan juzgado definitivamente, porque usted no cree en la Eternidad ni en el Infierno. Si usted creyera en el Infierno y en la Eternidad, ¿por qué negarse a aceptar que mi amo fuese un condenado?”¹²

La fe que tiene Leporello en que para que uno sea el que quiere ser precisa que los demás lo vean como tal, confirma que la mirada y la opinión del otro es lo que nos define. Es una idea que vuelve a repetirse en las obras de materia donjuanesca, estando el famoso burlador extremadamente pendiente de la apreciación de los que le miran y

⁹ Ibidem, 206.

¹⁰ Ibidem, 226.

¹¹ Albert CAMUS, *Mit Szyfja i inne eseje*, Warszawa, Warszawskie Wydawnictwo Literackie MUZA, 2004, 107-169.

¹² TORRENTE BALLESTER, 1993, 128-129.

juzgan a modo de público teatral. Circunstancia a la que el personaje debe su falta de libertad, esa misma libertad que anhela desesperadamente.

El amor aparece como otro factor que priva de libertad, aunque ofrezca a cambio el acceso a la Transcendencia. Por tanto, para no perder el control de su vida, Don Juan, celoso de su libertad, renuncia al amor. Descarta la idea de seducir a Elvira, al darse cuenta de que lo que se juega es su libertad que valora por encima de cualquier cosa. “Como las aguas del río hacia la mar, es decir, sin libertad. Necesariamente, inevitablemente. [...] Me sentí prisionero, abrazado por unos brazos inmensamente más fuertes que los míos [...] Comprendí que había caído en la trampa, que no era libre, y una vez más se sublevó mi corazón. Con un esfuerzo aparté a Elvira. —Pero las aguas del río no pueden detenerse y volver atrás, y yo, sí.”¹³, he aquí lo que opina al respecto.

Años más tarde vuelve a rechazar a Elvira, que le propone una vida en común y un amor eterno, con las palabras: “¿Lo ves? ¿Cómo no voy a rechazarte, si me pides que renuncie a mí mismo?” “A mi lado, hallarás felicidad y salvación”, le asegura Elvira, a lo que Don Juan le contesta: “A ese precio, ni la felicidad ni la salvación me importan”.¹⁴

El Don Juan torrentiano requiere una libertad total e incondicional como base de la existencia y se rebela contra el absurdo del mundo y de la condición humana. Intenta descubrir las razones que tuvo Dios al darle al hombre un instrumento de placer: su cuerpo, obligándole a servirse de él y dejándole creer en poder alcanzar por esta vía “un amor cósmico”¹⁵, y al mismo tiempo, no solo impidió que lo consiguiera, sino que además juzgó el acto sexual como un pecado. Don Juan se rebela asimismo contra la decisión de Dios que permitió que un joven inteligente e inocente, a punto de quedar sacerdote, se dejara deshonorar por el Comendador, por lo que se vio obligado a cometer un homicidio para no verse rechazado por su tribu que por boca de su padre muerto le advierte: “si rechazas nuestro mandato, dejaremos de considerarte uno de los nuestros. [...] Y un Tenorio puede perder su alma, nunca el respeto de sus muertos.”¹⁶ Matar al Comendador que humilló a un Tenorio, aparece como un deber que el protagonista tiene frente a sus antepasados, a los que valora en extremo, y frente a la sociedad a la que pertenece. Cumplir con dicha obligación equivale, sin embargo, a pecar contra el mandamiento divino. Los fantasmas de los Tenorios informan al joven de que el dilema puede resolverse con un poco de contrición por parte del matador, ya que Dios perdona los pecados a los arrepentidos. De tal manera a Don Juan se le incita a cometer otro pecado, dado que, como se le aclara, no es imprescindible arrepentirse de verdad, basta con fingirlo, y el Señor, que conoce la verdad, aprobará la mentira. El joven, obligado a pecar para recuperar el honor y luego engañar para no condenarse, escucha sorprendido a su padre que le enseña que “el honor, ya lo sabes, es una

¹³ Ibidem, 248.

¹⁴ Ibidem, 305.

¹⁵ Gonzalo TORRENTE BALLESTER, “Don Juan (conferencia de Torrente Ballester)”, in: *Gonzalo Torrente Ballester, Don Juan*, Madrid, Punto de lectura, 2008, 491.

¹⁶ TORRENTE BALLESTER, 1993, op. cit., 168.

cuestión de formas. Según cómo se haga una cosa, deshonra o enaltece.”¹⁷ A Don Juan esa conducta hipócrita le da asco. Comportarse de esa forma le rebajaría en sus propios ojos, por lo que declara a sus antepasados: “Mi conclusión honrada es que tengo que matar al Comendador porque se burló de mí, y romper con el Señor, que desde los cielos decretó la burla. O bien arrojarme a tierra, pedir a Dios perdón, aceptar sus decretos y perdonar, por lo tanto, al Comendador.”¹⁸

La actitud que adopta es subversiva respecto del orden vigente de su mundo, pero es la única que le deje salvar la dignidad. “Lo humano es lo innoble. Negar a Dios para pecar tranquilamente, o disfrazar el pecado de virtud. Dios debe sentir asco de los pecadores. Pero yo me atreveré a pecar cara a cara, a sostener el pecado, a saber lo que juego. Sé que al final seré vencido, y acepto la derrota; pero, hasta entonces, pecaré con orgullo de soldado victorioso. Yo reivindicaré a los pecadores ante Dios, seré el primero digno de Él. Al final, tendrá que sonreírme.”¹⁹

El Don Juan existencialista exige la autenticidad y confiesa la satisfacción que siente al asumir una plena responsabilidad de sus decisiones y sus actos: “Tiempo después pude comprobar por mi propia experiencia que nada acalla más una conciencia escrupulosa como aceptar la responsabilidad de sus propios actos, incluidos los inconcientes. ¡Qué enriquecimiento, qué sensibilidad exquisita adquiere el alma en tal trance!”²⁰

Dueño de sus actos, Don Juan se siente libre en lugar de verse como un títere en manos de un ente superior. Si se arrepiente de su conducta, relaciona el hecho con la acción de Dios que, según él, pelea de esta manera contra su propósito de ser un pecador impenitente. Tenorio desea sentir la contrición que le manda Dios porque la ve como una inequívoca prueba de que al Cielo le importa la suerte de un ser humano, incluso, de un rebelde como él. Como confiesa: “en el arrepentimiento hallaba la prueba de que el Señor no me desdeñaba, de que había aceptado la pelea, y de que procuraba convencerme con sus armas más delicadas y divinas.”²¹

Al perder la gracia divina que se manifestaba en el arrepentimiento que sentía, Don Juan, considerándose abandonado del Señor, intenta, cada vez más desesperadamente, probar que, aunque Dios permanece indiferente a sus desafíos y blasfemias, sigue presente en su vida y le preocupa la suerte de un hombre que eligió ser libre y auténtico. Es lo que más le importa. A Elvira, que desea ser su amante, la rechaza declarando: “El amor no me importa, Elvira. Lo que me importa es que Dios me responda de algún modo; que me muestre su ira o su misericordia, que me colme el corazón de dolor, pero

¹⁷ *Ibidem*, 324-325.

¹⁸ *Ibidem*, 172.

¹⁹ *Ibidem*, 230.

²⁰ *Ibidem*, 246.

²¹ *Ibidem*, 205.

me grite: ‘¡Estás delante de mí, Juan! ¡No te he olvidado!’ Lo que tú me propones es la embriaguez y la ceguera, y yo quiero estar despierto.”²²

Desgraciadamente para Don Juan Dios parece no tener mucho que ofrecer a alguien que, como él, se cree en condiciones de responderse él mismo a las preguntas que un ser humano pueda hacer al Señor, al que presume de conseguir convertir en santa a una prostituta y luego destruir su santidad en un segundo, al que pretende ser un adversario de Dios y sustituirlo en los corazones de las mujeres al enamorarlas. Así que calla y Don Juan desespera.

Tan ansioso como está por llamar la atención del Señor, Don Juan se niega, no obstante, a hacerlo de rodillas, sino que lo intenta destacando su valor personal. Osa hacerle a Dios preguntas «por puro lujo» y pone en tela de juicio las decisiones divinas, orgulloso de ser capaz de hacer frente a un adversario de tal altura y seguro de que “lo que realmente da grandeza a la pregunta hecha a Dios, no es lo que se pregunta, sino el hecho mismo de preguntar.”²³

Aunque Don Juan no cree en poder ganar una pelea con Dios —“nunca fui tan imbécil que me tuviera por igual a Dios y nunca olvidé que al final me vencería”²⁴, confiesa— no renuncia al propósito de desafiarlo, como si creyera en que “el hombre confirma su humanidad mediante una búsqueda desesperada de lo que sabe no poder encontrar nunca», observación que hace Leszek Kołakowski al comentar las ideas de Jaspers.”²⁵ Por defender el derecho a decidir su destino, a condenarse o salvarse por sus propios actos y no porque lo quiera Dios: —“¡Al aire la moneda! ¡Que diga Dios su palabra, luego diré la mía!”²⁶, dice— y por desear ser sincero y honesto con Dios y consigo mismo, elige vivir en el pecado. En lo que hace, es sincero, pero Dios no solo no le “sonríe” sino que se aparta de él. Viene el momento en que Don Juan ha de reconocer que el Señor, cuya atención tanto le importa, parece desinteresarse de él por completo. El Cielo permanecerá indiferente a sus súplicas mudas que toman forma de blasfemias desesperadas, callando hasta en el momento de la muerte de Don Juan, cuando se decide su destino. El arrepentimiento no viene, Dios no le da la misma oportunidad que tuvo el Tenorio de Zorrilla. El alma de Don Juan se ve asimismo rechazada por el Infierno, sospechando los diablos, disfrazados de jueces del Tribunal reunidos en casa de Don Juan para juzgarlo, que este fue un predestinado. Por si eso fuera poco también los Tenorios le cierran las puertas de su infierno particular, porque consideran que su descendiente infringió no solo las leyes divinas (lo que no les parece demasiado grave), sino que también violó las convenciones sociales en vigor, lo que no le piensan perdonar, porque la opinión del entorno es lo que más importa: “Que no

²² Ibidem, 339.

²³ Ibidem, 317.

²⁴ Ibidem, 20.5

²⁵ Leszek KOŁAKOWSKI, *O czym nam mówią wielcy filozofowie. Trzy serie*, Kraków, Wydawnictwo Znak, 2008, 247-248.

²⁶ TORRENTE BALLESTER, 1993, op. cit., 230.

guardes a Dios el respeto debido, podía perdonársete y de hecho te lo hemos perdonado —le dice su padre— [...] pero faltaste el respeto al mundo, y eso es imperdonable. ¿Piensas en el escándalo que se armaría si nosotros, los Tenorios, la gente más respetable de Sevilla acogiésemos benévolo, para toda la eternidad, a quien se burló de toda conveniencia?”²⁷

El propósito audaz y soberbio de ser libre y auténtico se ve castigado con una condena que consiste en ser eternamente él mismo: un Don Juan decepcionado de su condición humana, incapaz de satisfacer sus deseos, siempre anhelante de experimentar la plenitud e imposibilitado de conseguirlo. Condenado a quedar para siempre igual que en el momento de morir, Don Juan será su propio infierno del que es imposible escapar. Leporrello aclara el caso al narrador: “Usted sabe perfectamente que el hombre puede cambiar su ser mientras alienta, puede rectificar, enderezar, arrepentirse o empecinarse; pero la muerte fija definitivamente su manera de ser; lo fija como es en el instante de la muerte; de modo que si Don Juan murió siendo don Juan, lo será eternamente, y en serlo consistirá su condenación. En buena lógica, pues, tiene que andar por el mundo donjuaneando.”²⁸

A Don Juan se le priva por tanto de libertad, ya que por más que se esfuerce no logrará cambiar su ser ni su destino, viéndose obligado a volver a vivir las mismas experiencias, a estar continuamente a punto de morir y resucitar para recobrar su tarea de Don Juan. Es otro, al lado del unamuniano, Don Juan sometido a la ley del eterno retorno. (Dicho sea de paso, que es asimismo el destino del mito donjuanesco, recuperado y remozado a lo largo de los siglos.) “Yo soy su propio infierno”, dice, aludiendo a la famosa constatación sartriana que “el infierno son los otros”. Y es porque se ve condenado no solo a una eterna angustia y cuidado, que presupone la condición humana, sino además, a una forzosa representación teatral: mistificación y fingimiento que no acaba nunca. No parará pues de representar a sí mismo, a donjuanear, igual que otros personajes donjuanescos de la literatura que se ven obligados a comportarse conforme a la imagen que de ellos se hizo su entorno, que es su público. El empeño en ser fiel a sí mismo, decidir su propio destino y ver la realidad sin estupefactos de la religión y del amor, un día se paga con constatar que a pesar de una ilusión de vivir en simbiosis con el universo, el ser humano es condenado inevitablemente a una eterna y dolorosa soledad. A Don Juan le abandona Dios, le rechaza su familia y como única, pero fiel compañía en su viaje que no acaba nunca, le queda un diablo inconformista, asimismo rechazado por los suyos por haber reflexionado y preguntado demasiado.

Al parecer Don Juan es autor de su destino, su condenación que ha ido buscando enemistándose con Dios, pero es al mismo tiempo un ser elegido como pieza demostrativa para un experimento: resultado de una apuesta que hicieron en el Infierno los partidarios del *sermo arbitrio* y los del *libero arbitrio*, o sea libre albedrío. ¿Su rebeldía era

²⁷ Ibidem, 342-343.

²⁸ Ibidem, 129.

pues su libre elección o era parte del experimento? ¿Él mismo decidió su destino o la decisión fue de Dios? Cuando se decide el destino de Don Juan, el Cielo guarda silencio y, puesto que Dios parece desinteresarse por castigar al pecador, son Elvira y la estatua del Comendador los que se encargan de ajusticiarlo.

Antes de acabar nuestro estudio centrado en el concepto del personaje donjuanesco que nos trae la novela de Torrente Ballester, parece indispensable hacer una observación más acerca del modo en que se ven presentados en ella los acontecimientos insólitos. Se ha dicho antes que la postura más frecuente que los personajes toman frente a dichos fenómenos suele ser de incredulidad y rechazo. Llama la atención que mientras en las obras donjuanescas canónicas la intervención de las fuerzas sobrenaturales es capital y se la toma con toda seriedad, en Torrente Ballester la estatua del Comendador que intenta entrar en prerrogativas del Cielo que calla y castigar al burlador fingiendo ser su representante, es objeto de una burla despiadada. El motivo más famoso del mito donjuanesco aparece presentado en clave de farsa. El Comendador, que es un pelele que no sirve de ningún modo para ser mensajero de Dios ni ejecutor de la justicia divina, confiesa a su hija Elvira que “Don Juan me hizo un encargo, y no pude cumplirlo. Hace media hora que recorro los espacios siderales llamando al cielo, y el cielo no responde. Tendré que confesar que no me han hecho caso, pero mis voces se perdieron en los desiertos etéreos, con lo cual mi buena fama quedará malparada, Porque un hombre como yo, que viene del otro mundo, debe traer palabras terribles en los labios, palabras como rayos encendidos. Por ejemplo: ‘El cielo me encarga de decirte que morirás mañana, don Juan, inexorablemente.’ O algo parecido, pero tremendo.”²⁹

Para que un falso mensaje divino que confecciona se haga verdad, el Comendador mata a Don Juan, cuando a Elvira le fallan las fuerzas para llevar a cabo su venganza de una mujer despreciada y ofendida. Sin embargo, un momento más tarde los diablos, lo resucitan a fin de llevar hasta el final su experimento cuyo objeto fue Don Juan. En cuanto a los diablos, tampoco despiertan respeto: nadie, y sobre todo Don Juan, toma en serio sus opiniones y decisiones. El mismo condenado se declara su propio infierno y rechaza la idea de pasar una eternidad en el Infierno tradicional, al que los diablos le impiden la entrada. La escena de la muerte de Don Juan forma parte de una original función teatral ofrecida por una compañía independiente en la que los que pretenden ser Don Juan y Leporello encarnan al famoso burlador y a su criado. La intervención insólita de los representantes del mundo sobrenatural, privada de solemnidad que acompaña su evocación en Tirso o Zorrilla, se hace aquí objeto de una burla. Al Comendador de piedra nadie le hace caso, los diablos no infunden miedo y las sombras de los Tenorios muertos, a los que el mismísimo Dios consideraba tan fuertes y temibles como para concederles un infierno particular, son unos fantoches ridiculamente vanidosos, hipócritas, atados por las convenciones y obsesionados con el anticuado concepto de honor, que ni se atreven a pensar por sí mismos.

²⁹ Ibidem, 326.

A lo mejor esa actitud, tan poco respetuosa con los representantes del otro mundo que intentan influir en el destino de los humanos, se debe al hecho de que en el siglo veinte hasta los creyentes se niegan a creer en fenómenos sobrenaturales y se insiste en que uno haya de forjar su propio destino. Leporello observa con respecto a la incredulidad que el intelectual español muestra al presenciar los hechos que sobrepasan su entendimiento, pero no contradicen lo que en su fe católica le hace creer: “Usted dice creer en el diablo, pero si se lo encuentra en la calle, no admite que lo sea; y dice creer en el infierno y en la condenación, pero si le presentan a un condenado, lo tacha de farsante. Y, sin embargo, ¿es metafísicamente imposible que yo sea el diablo? ¿Lo es que mi amo sea Don Juan Tenorio? Fíjese bien: no se trata de presentarlo como un ser que ha puesto los pies en la Eternidad.”³⁰

Al tener en un momento la certeza de que los individuos que quieren hacerse pasar por Don Juan y Leporello no son más que unos actores y hábiles impostores, el intelectual se marcha enseguida de París para no darles ni la menor oportunidad de desmentirlo y hacerle creer que los fenómenos que no se dejan explicar por vía racional asimismo forman parte de la realidad.

³⁰ Ibidem, 129.